



Reseñas

revista
Educación
y Pedagogía

El péndulo de Foucault

Ninguna novela tan esperada en la década del 80 como esta segunda novela de Umberto Eco no sólo por las promociones publicitarias de las empresas europeas halagadas por el éxito editorial del autor, sino también por la desbordante acogida que mereció su primera novela "El Nombre de la Rosa", todavía best-seller en nuestras librerías, y aclamada por los críticos como la novela "total" porque a la vez que es histórica, es fantástica, es policíaca y de misterio, en fin, todos los géneros literarios integrados en una obra maestra.

Sólo que ahora, la post-modernidad del Péndulo sobrepasa toda previsión totalizante pues ya no conjuga sólo los géneros literarios de la primera novela sino las posibles modalidades del arte de escribir contemporáneo, desde la literatura científica tipo Asimov con la que parece comenzar el análisis del péndulo al lado de la ficción, el realismo histórico acerca del origen y evolución de los templarios en medio del lenguaje cifrado de los cultos primitivos desde Apuleyo y los miste-

rios de Isis y Mitra y la gnosis..., o la transparencia lógica de *Abulafia*, el computador de Belbo, capaz de sugerir la ruta crítica y los caminos aleatorios y redes alternativas que asumirá el curso de la novela, como una especie de literatura electrónica atravesada no obstante por vibraciones subterráneas ocultas y esotéricas, propias de la profundidad de la vida a través del tiempo, de la tradición, de la lucha indelible de la humanidad por el poder; y la verdad no para todos, sino para los elegidos, los templarios, los masones, los científicos, Dios y el diablo juntos, Occidente y Oriente amalgamados, la filosofía y la magia, la ciencia y el catolicismo con los rosacruces, la antigua sabiduría, la tecnología y los ritos sagrados del esoterismo ocultista, unificados todos en un torbellino de pasión y violencia bajo el que sucumben al final los mismos protagonistas en una trama lenta y dispendiosa, apta para lectores pacientes y observadores meticolosos capaces de dilatar la espera del desenlace a un tiempo medieval.

Y no obstante el realismo convincente de la narración te absorbe, de tal manera que rara vez se te ocurre pensar que se trata de una novela. En medio de alusiones a los prejuicios cientifistas, al escepticismo, a la política de izquierda, y al utilitarismo contemporáneos, el trabajo profesional de tres o cuatro intelectuales hijos de la guerra y bañados en su juventud por la ya renegada ilusión de mayo del 68, uno se experimenta en la lectura como instalado en un mundo propio y familiar, en el que el plan de la conspiración para dominar el mundo es un secreto en el que ninguno creyó, ni siquiera Belbo a pesar de su sacrificio, pues se trataba era de averiguar indicios, coincidencias, analogías de un eslabón perdido de la tradición que otros, los diabólicos, buscaban más frenéticamente, con más celo, es decir, sin ley y con la ayuda de todos los demonios.

El toque de cordura y moderación para el frenesí investigativo y de pesquisa intelectual de los protagonistas lo ponen las dos mujeres de la novela: Lorenza, la bella, deseada y nunca coronada por Belbo, dispersa en la bohemia y centrada sólo en la

experiencia del amor, aprende a disfrutar de la intimidad de los ritos secretos hasta realizar, sin proponérselo, el pronóstico esotérico de que vale la pena experimentar, aunque uno se muera en la experiencia. Más pragmática y aterrizada Lía, la mujer de-Casaubon, le demuestra a éste cómo sus progresos en la investigación del secreto de los templarios no son más que el anzuelo del descubrimiento en el que se solazan los intelectuales y los conspiradores, descifrando claves y jeroglíficos donde no hay más que signos sencillos, que no requieren más que una lectura natural y descomplicada, lejos del prurito de estar buscando lo que hay debajo o detrás, o en el fondo "oculto" de las cosas o de las personas, como lo había criticado Newton desde el Siglo XVII.

No obstante, es manifiesta la tendencia contemporánea por la búsqueda de lo oculto y de lo desconocido, no sólo a través de las ciencias, sino también en contra de las ciencias. Como lo reconoce Humberto Eco en boca de Agüé: "Tan pronto como salieron de las tinieblas de la Edad Media, los hombres de la modernidad laica no encontraron na-

da mejor que dedicarse a la cabala y a la magia...". Lo cual no parece ser para el autor ningún regreso sino más bien un complemento espiritual enriquecedor: "El sincretismo es el reconocimiento de una única tradición que atraviesa y nutre todas las religiones, todas las filosofías, todos los saberes. El sabio no es aquel que discrimina, es el que combina todos los jirones de luz cualquiera que sea su procedencia..."

Y luego, refiriéndose a los danzarines afrobrasileros en trance de posesión espiritista, el mismo Aglié exclama: "Son más sabios estos esclavos que los etnólogos de la Sorbona... Para devolverle el sentido de la esperanza a Occidente paralizado por el bienestar, esta gente paga, quizás sufre, pero conoce aún el lenguaje de los espíritus, de la naturaleza, de los aires, de las aguas, de los vientos...". Naturalmente que este espíritu humano que vibra con las profundidades de la vida y de la naturaleza aún presente en nuestras naciones latinoamericanas y caribeñas es una especie en extinción, y estamos pagando demasiado caro por conservarlos aun sobrellevando la

agresión y la invasión cultural extranjera, de la misma manera que estamos pagando demasiado por proteger nuestras selvas, aun de los depredadores extranjeros, para cuidar el ozono y el oxígeno puro que queda en el planeta.

Lo que nos debería preocupar no es la sospecha del carácter alienante y de dominación que pudieran contener expresiones y conceptos tan seductores, sino más bien el hecho real de que semejante espíritu vital tan valioso empiece a desaparecer incluso en nuestra gente, como el último hálito de nuestra identidad cultural, y que el precio que pagamos por conservarlo, incluyendo la miseria económica, la violencia hasta la muerte, no alcance ya a ser suficiente para salvar este recurso espiritual no renovable de la humanidad como es la esperanza y la sensibilidad vital frente a las fuerzas más hondas de la naturaleza y del universo, cuyas huellas llevamos todavía en nuestro ser sin reconocerlo, y que en otras latitudes la gente trata de revivir a punto de narcóticos.

El secreto del mundo y de nuestra existencia en su origen y destino y en su proceso mismo evolutivo sigue siendo interrogante insoluto y privilegiado por literatos y filósofos. El péndulo de Foucault es una variante de misterio y acción que aborda de manera contemporánea y con la estética de la obra de arte semejante pesquisa fundamental que nos abarca a todos como hombres, y de manera especial se convierte en un desafío y un reto para aquellos que todavía creemos de manera optimista, como los pedagogos por ejemplo, que el hombre se humaniza con la educación y a través de la historia se torna más autónomo y más inteligente.

Naturalmente, el optimismo pedagógico no puede depender del ingenuo portador de valores que ha sido siempre el maestro. Tampoco puede alardear de imparcial, de objetivo y universal transmisor, como si fuera libre de condicionamiento histórico, libre de prejuicios y ataduras ideológicas, pues quien ignora su propia facticidad no hace más que someterse ciegamente a su poder incontrolado. Quien no asu-

me los prejuicios que lo dominan termina validándolos incautamente. Por esto el maestro, que por esencia es un profesional del arte de preguntar, de suspender su propio juicio para que los alumnos hablen y se auto-construyan en inteligencia y autonomía, no puede formarse así mismo como maestro sino asumiendo conscientemente su propia historicidad, reconociéndose como efecto de la tradición y producto de la cultura de la época de la que hace parte, identificando racionalmente los prejuicios que necesita suspender y cuestionar todo lo cual sería imposible si el maestro no se prueba ni se confronta diariamente así mismo, sobre la ola del desarrollo cultural que todos los días nos modula, también a los alumnos, aun sin saberlo. Es en la recepción inteligente de los acontecimientos histórico-culturales de la época como mejor se forma el maestro. Y el maestro nunca está formado.

RAFAEL FLOREZ OCHOA
Director, Centro de Investigaciones Educativas, Profesor Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.